

BIBLIOTECA ILUSTRADA DE GASPAR Y ROIG.

ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA

POR F. A. DE CHATEAUBRIAND.

TRADUCIDA

POR DON FRANCISCO MADINA-VEYTIA.



CHATEAUBRIAND.

MADRID.

IMPRENTA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES,

calle del Principe núm. 4.

1857.

HISTORIA DE FRANCIA

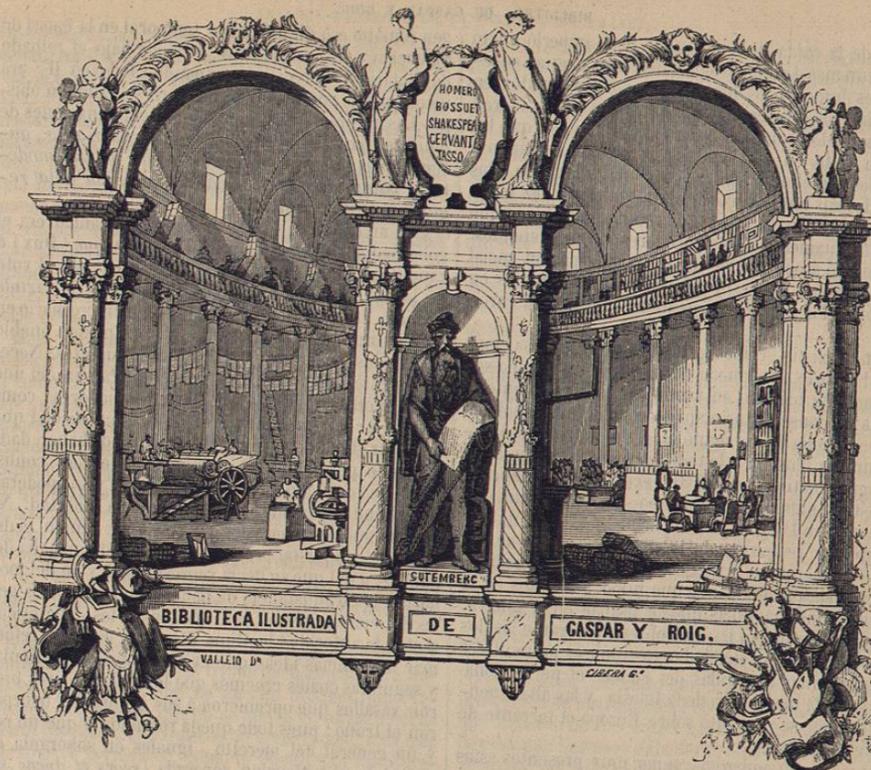
POR F. A. DE CHATEAUBRIAND



CHATEAUBRIAND

IMPRESA DE GASPAR Y ROIG, EDITORES

1827



ANALISIS RAZONADO

DE LA

HISTORIA DE FRANCIA,

POR F. CHATEAUBRIAND.

PRIMERA RAZA.

¿Qué fué de las tres verdades del orden social cuando se derrocó el imperio de Occidente?

La verdad religiosa dió un inmenso paso: el politeísmo quedó destruido y con el dogma de la unidad de Dios se establecieron las demás verdades que son consecuencia suya.

La verdad filosófica se volvió á hermanar con la verdad religiosa como al principio de la civilización.

La verdad política siguió el progreso de la verdad religiosa. Los destructores del mundo romano eran libres; encontraron en su camino una sociedad organizada con arreglo al sistema de esclavitud, y la joven libertad de aquellas hordas salvajes se estableció en ella, así como en otro tiempo se había establecido el antiguo despotismo romano. De aquí nacieron repúblicas militares, de francos, borgoñones, visigodos, sajones, etc. que gobernaron á los esclavos á la manera de las antiguas repúblicas civiles, griegas y latinas.

Tales fueron los resultados producidos por el cho-

que de las generaciones paganas, cristianas y bárbaras desde el reinado de Augusto hasta llegar al de Augústulo.

Vamos ahora á ver cómo las tres verdades fundamentales combinadas de otro modo producirán los acontecimientos de la edad media; la verdad religiosa dominando omnímodamente, será árbitra de la paz y de la guerra; favorecerá á la verdad política (la libertad) en las últimas clases de la sociedad, ó sostendrá parcialmente al poder en el límite de intereses privados y perseguirá á todo trance á la verdad filosófica fugada nuevamente del santuario bajo el disfraz de algún monje sabio ó herético. Así se irá prolongando la lucha hasta el momento en que equilibrándose las tres verdades darán origen á la sociedad perfeccionada de los tiempos modernos.

He dicho (1) que el imperio romano-latino se había convertido en imperio romano-bárbaro siglo y medio

(1) Estudios Históricos.

antes de la caída de Augústulo. Este imperio mixto duró aun más de cuatro siglos después de aquel suceso. Los francos, los borgoñones y los visigodos en la Galia, los ostrogodos y lombardos en Italia, fueron los dominadores que los pueblos conocían, porque los habían visto en las legiones, y porque habiéndose aquellos sometido á las leyes nacionales legaban á los vencidos sus hábitos, costumbres y alguna vez hasta sus propiedades: la unidad de religión era el lazo que unía mutuamente á los vencedores y á los vencidos. No empezó á echarse de ver la transformación social hasta después de la invasión de los normandos en tiempo de los últimos reyes francos de la raza carolingia.

Nunca existió, como algunos han creído, una completa barbarie. No puede decirse que un pueblo sea enteramente bárbaro en tanto que cultiva la inteligencia, y conserva principios de gobierno. Sabido es que en aquella época siguió el clero cultivando la literatura, la filosofía y la teología y que la administración gubernativa municipal, económica, pública y doméstica, siguió mucho tiempo siendo la misma que había sido en la época del Imperio. La ciencia militar pereció por relajación de la disciplina; mas no por eso se perdieron los principios del arte de la fortificación y hasta puede decirse que hubo adelantos en lo relativo á las máquinas que se usaban en la guerra. Nada pues de nuevo hay que observar durante las dos primeras razas, no siendo las costumbres particulares de las familias revestidas del poder, el perfeccionamiento de la monarquía de la Iglesia, y las altas fuentes de donde se precipitó sobre Europa el torrente de los siglos feudales.

Conviene sin embargo, tener muy presentes estas dos reflexiones. El jefe del Estado durante las razas merovingia y carolingia, siguió siendo electivo como en tiempo de los Césares; pero el gobierno de los francos trajo consigo una institución que dió á la época un carácter distinto del de la antigüedad romana: consejos compuestos de obispos y jefes militares arreglaban juntamente con el rey los negocios públicos y daban muy sumariamente cuenta de sus decisiones á las asambleas generales, ó sea grandes revistas que se verificaban en marzo y en mayo. Debían estas asambleas su origen á la tradición de los Estados de las Galias momentáneamente restablecidos por Arcadio y Honorio, mas para su organización había particularmente servido de tipo la de los concilios. Si se quiere tener una idea exacta de aquellos tiempos sin empeñarse en buscar en ellos novedades que en realidad no existieron, debe tenerse presente, que la sociedad en toda su extensión tomó una forma eclesiástica: desde el pueblo hasta los reyes, cuya consagración era igual á la de un obispo, todo fue gobernado por la Iglesia y para la Iglesia. No era tampoco extraño el que personas legas fuesen admitidas á discutir gubernativamente asuntos con el clero: en muchas asambleas religiosas los emperadores romanos no hacían más que presidir en tanto que los altos funcionarios de la corona deliberaban: en el concilio de Nicea asistieron filósofos y hasta sectarios del politeísmo. La segunda observación que debe tenerse presente al tratar de aquella época histórica es relativa á la clase de funcionarios llamados gobernadores o mayordomos de palacio. El primero de quien hace mención la historia es Goggon, que de parte de Sigeberto fue enviado á Atanagildo para pedir la mano de Brunegilda.

A esa dignidad de gobernador de palacio pueden asignarse dos orígenes, á saber, el romano y el franco ó germánico. El dignatario representaba al *magister officiorum*, que en su tiempo llegó á igual grado de poder en el palacio de los emperadores que los gobernadores de palacio alcanzaron en la servidumbre de los reyes francos. Considerada en su ori-

gen romano esa dignidad fue temporal en la época de Sigeberto y sus antecesores, vitalicia bajo el reinado de Clotario y hereditaria reinando Clodoveo II: era incompatible con el estado de mero sacerdote ó obispo. Los autores le dan las diversas denominaciones de *magister palatii*, *praefectus aulae*, *rector aulae*, *gubernator palatii*, *major domus*, *rector palatii*, *moderator palatii*, *praepositus palatii*, *provisor aulae regiae* y *provisor palatii*.

Con arreglo á su origen franco ó germánico era el gobernador de palacio equivalente al *Duque* (Dux) ó caudillo militar, elegido, así como el rey, por el voto de la nación: *Reges ex nobilitate, duces ex virtute sumunt*. Ya he dicho lo que había de extraordinario en esa institución que en medio de un mismo pueblo creaba dos poderes supremos independientes. Necesariamente debió resultar la preponderancia del uno sobre el otro. Habiendo sido los gobernadores, como *sumpsi ex virtute*, hombres de mas capacidad que los reyes suplantaron á estos. Después de haber dado principio por abolir las asambleas generales, confiscaron en provecho suyo la monarquía, y se apoderaron simultáneamente del poder y de la libertad. No por eso puede tachárseles de rebeldía: tenían el derecho de conquistar porque su autoridad emanaba del pueblo, ó del que se decía representarlo y no del monarca: la circunstancia de haber sido nombrados jefes del ejército por el voto nacional, les daba el carácter de autoridad legítima. Preciso, es pues, reformar las rancias ideas que existen sobre el particular y según las cuales creemos que los gobernadores fueron vasallos que oprimieron á sus señores, y usurparon el trono; pues todo queda reducido á que un rey y un general del ejército, iguales en soberanía en virtud de una elección separada (*reges et duces sumunt*) se atacaron mutuamente, y uno de ellos venció en la lucha. No se habría malgastado tanta lectura, ni tantas investigaciones para reprobar ó justificar la usurpación de los gobernadores de palacio; muy profundas observaciones acerca de los peligros que ofrecía su dignidad, demasiado preponderante, habrían podido ahorrarse solo con tener presente el doble origen de donde procedía, y con no haberse empeñado en no ver mas que un alto funcionario de la servidumbre del rey en una dignidad en que es preciso considerar además la circunstancia del mando en jefe del ejército conferido por el espontáneo voto de sus compañeros: «*Omnes Austrasii, cum eligerent Chrodinum majorem domus*».

Ya he hecho observar que no sería rigurosamente exacta la comparación entre las naciones germánicas y esclavas con las hordas salvajes de América. He hablado largamente de este asunto en el cuadro general que he trazado acerca de las costumbres de los bárbaros y los francos, y es ya muy poco lo que puedo añadir á lo dicho. Sin embargo haré observar de paso que los francos están aun considerados como el pueblo menos grosero de todas aquellas naciones, según lo acredita formalmente el testimonio de Agatias cuando dice: «Los francos no se parecen á los demás bárbaros que no quieren vivir sino en el campo y aborrecen las poblaciones.»

«Manifiéstanse muy sumisos á las leyes, y no se diferencian de nosotros mas que por el idioma y el traje: *nihiloque a nobis differre quam solum modo barbarico vestitu et lingua proprietate*» Mucho antes del siglo VI había aquella nación adquirido mediante sus relaciones con los romanos urbanidad en las costumbres, ya que no humanidad en el carácter. Salviano dice que los francos eran *hospitalarios*, lo cual en nuestro concepto significa *sociables*. En la tumba de Childerico I descubierta el 1635 en Tournai se halló una losa grabada representando un hombre de hermosas facciones, con los cabellos largos, partidos

en medio de la cabeza y echados hacia atrás y teniendo un dardo en la mano derecha; alrededor se leía el nombre de Childerico escrito en letras romanas, y dentro de la tumba se encontró un globo de cristal, simbolo del poder, un punzon con las tablillas para escribir, anillos, medallas de muchos emperadores, y restos de una tela de púrpura: nada de esto revela barbarie. Dice también la historia que los germanos que habitaban mas allá del Rin dulcificaban su rudeza con la vecindad de los francos. Según Constantino Porfirógénito, autorizó Constantino el Grande, mediante una ley, las alianzas que pudieran contraer los emperadores con los francos por parecerle bastante noble la sangre de estos.

Mas cualquiera que fuese el grado de sociabilidad de los francos, no debemos en mi concepto reputarlos ni como un pueblo civilizado, ni como un pueblo salvaje, ni es posible olvidarnos según el testimonio de autores contemporáneos, de su perfidia, ligereza, crueldad, y furor militar. Vopisco y con arreglo á su opinión Procopio acusan á los francos de su facilidad en quebrantar las palabras, y Salviano les echa en cara la indiferencia con que miraban el perjurio. «Los francos, dice Nazaire, exceden en ferocidad á todos los pueblos bárbaros.» Un panegirista anónimo supone que se alimentaban con carne de fieras y Libanio asegura, que la paz era para ellos una horrible calamidad.

Generalmente se cree que los francos eran una confederación de algunas tribus germánicas para defender su libertad; mas no existen pruebas que corroboren esa opinión que no se apoya en ningun documento histórico. Los francos no eran, pues, mas que meramente germanos, como lo atestiguan san Gerónimo, Procopio y Agatias. En nada afecta al orgullo nacional francés el suponer que sus antepasados recibieron su nombre de la libertad, ó se lo dieron á esta. Libanio alterando el nombre *Frank* para darle una etimología griega, lo deriva de *φρακτοι* *diestros en fortificarse*, otros suponen que proviene de una palabra que en cierto idioma, del cual no nos dan mas noticia que llamarse *lingua attica* ó *hattica*, significa *indomable*. El erudito y juicioso Mr. du Tillet, hermano del sabio obispo de Meaux sostiene que la denominación *Frank* nació de las dos palabras teutónicas *Freien ansen* (jóvenes libres ó compañías libres), cuya pronunciación vino á parar en *Fransen*, y advierte que en cierto privilegio otorgado por Luis el Gordo se lee aun la palabra *ansen* como sinónimo de compañía ó sociedad. Otra respetable autoridad (Mr. Thierry) da á la palabra tedesca *Frank* ó *Frak* el valor de la dición latina *feroz*: nosotros seguimos ateniéndonos á la canción de los soldados de Probo y considerándola como principal autoridad. Con arreglo á esta opinión *Francus* no es mas que un apodo militar que los soldados de Probo dieron á aquel puñado de germanos que vencieron en las inmediaciones de Mayenza. ¿Pero qué significaba ese apodo? Un sabio (Mr. Gilbert) lo deduce de la palabra *Fram* ó *Framea*, como si aquellos soldados hubiesen oído gritar á los bárbaros: ¡á la lanza! ¡á la lanza! esto es, ¡á las armas! ¡á las armas! Mas en ese caso todos los germanos se habrían llamado francos, pues todos, según dice Tácito, llevaban la framea: *Frameas gerunt angusto et brevi ferro*.

De todos modos los francos habitaban en el otro lado del Rin poco mas ó menos en el sitio en que los coloca el mapa de Peutinger en el país que actualmente comprende la Franconia, Turingia, Hesse y Westfalia. En tiempo de Galiano asolaron las Galias y penetraron en España, volviendo á presentarse bajo los reinados de Probo, de Constancio y de Constantino. El segundo de estos emperadores trasplantó una colonia de Francos en los terrenos de Amiens, Beauvais, Langres y Troyes, y negoció un tratado de paz

con los restantes. Después de este suceso los francos sirvieron en el ejército de los emperadores. Sucesivamente se ven figurar en los altos puestos militares del imperio, Sylvano, Melobaldo, Merobaldo, Balton, Rikhome, Carieton, y Arbogasto. Mas otros francos independientes, como Genobaldo, Markhome y Sunnon siguieron conservando su enemistad y en tiempo de Máximo hicieron una correría por las Galias; finalmente fijáronse, según parece, en este país durante el reinado de Honorio (hacia el año 420) presentándose acaudillados por el rey Faramundo. Téngase presente que esta palabra rey no significaba entre ellos mas que jefe militar (*koning*) de diversas graduaciones: supra-rey, virey, semi-rey: *ober, under, halfkoning*. (THIERRY).

Tampoco puede absolutamente afirmarse que haya existido un Faramundo, y que este haya sido padre de Clodion; pero es cierto que Clodion, ó mas bien dicho Clodion, el de la Cabellera, fue rey de los francos occidentales (año 427) y se apoderó de Touruay y Cambray (en el 445). Aecio le arrojó del terreno que había conquistado á este lado del Rin, y Clodion murió en 447 ó 48, dejando en concepto de algunos autores dos hijos y según otros, tres, entre ellos el llamado Auberon, de quien hacen descender Ansbart, tronco de la familia de la segunda raza.

Ignórase quién fue el padre de Meroveo, sucesor de Clodion: ¿sería hijo suyo? ¿Tendría acaso este un hermano mayor de edad, que tal vez imploró el socorro de Atila, en tanto que Meroveo se puso bajo la protección de los romanos? Es un hecho demostrado que Meroveo no fue aquel gallardo jóven franco que llevaba una hermosa cabellera rubia, que Aecio había adoptado por hijo y que Prisco vió en Roma. Los sabios han disertado mucho sobre este particular sin tener presente que siendo la monarquía, ó mas bien dicho el *generalato* electivo entre los francos, nada de extraño tiene que se encuentren personas encargadas sucesivamente de aquella dignidad sin haber sido hijos, ni aun tal vez parientes de los anteriores. Ricoron dice que Meroveo fue elegido rey de los francos después de la muerte de Clodion. Fredeger cuenta que estando la esposa de Clodion bañándose en el mar fue sorprendida por un monstruo de cuya union nació Meroveo: fábula mitológica y escandinava.

«Segun cierto poeta, llamado *Virgilio*, dice el autor que acabamos de citar, fue Priamo el primer rey de los francos, y Friga el sucesor de Priamo. Después de la ruina de Troya los francos se dividieron en dos grupos, viniendo el que estaba mandado por el rey Francio á Europa y estableciéndose en las orillas del Rin.» Eso mismo dicen, el autor de los *Hechos de los reyes francos*, Pablo Diacre, Roricon, Aimoin y Sigeberto de Ghemblours. Anio Viterbo apoyándose en esas crónicas arregla una genealogía de los reyes galos, y de los reyes francos suponiendo la existencia de veinte y dos reyes galos anteriores á la guerra de Troya, cuya ruina se verificó en tiempo de Remo, último de esos reyes, habiendo venido á las Galias á casarse con una de sus hijas un príncipe llamado Franco, hijo de Héctor. Hay también quien supone que los francos que combatieron al lado de los ejércitos romanos en los campos catalaunicos estaban acaudillados por Meroveo.

Meroveo tuvo por sucesor (446) á su hijo Childerico I que habiendo sido durante su infancia arrebatado por los Hunos, fue puesto en libertad por un franco llamado Viomado. Childerico se malquistó por sus relajadas costumbres con los francos y tuvo que retirarse á Turingia y solicitar la protección de un rey llamado Bisinh. Los francos dieron la suprema autoridad á Egidio, general de los ejércitos romanos. Al cabo de ocho años pudo Childerico volver, por haberle Viomado remitido la mitad de una moneda de oro que ambos habían roto, conviniendo en que el reci-

birla fuese señal de que podría reconciliarse con su país. Lo que hay de cierto en todo esto es que Childerico había ido á Constantinopla y que el emperador le hizo volver á las Galias á fin de contrabalancear la autoridad de Egidio que se iba ya haciendo sospechoso.

Basina, esposa del rey de Turingia, se dió prisa en tener una conferencia secreta con su huésped Childerico y le dijo: «Quiero unirme á tí: si supiera que al otro lado de los mares hubiese una persona que pudiera serme mas útil que tú, habría ido á buscarla para estrechar vínculos con ella.» Childerico se regocijó al oír hablar de esta manera á la reina y la tomó como esposa. Durante la primera noche de su alianza, Basina le dijo á Childerico: «Suspendamos nuestras intimidades: asómate á la ventana y dime lo que veas pasar por el patio de palacio.» Su amigo la complació y le dijo que había visto pasar unas fieras que en su concepto eran leones, unicornios y leopardos. «Vuelve, señor, vuelve á mirar lo que ahora está pasando y refiéreselo á tu esclava.» Childerico volvió á levantarse otra vez y otra á instancias de su compañera y por último á la tercera vez le dijo que ya no había visto pasar sino fieras de un orden inferior. Entonces la reina le dió noticia de la posteridad que les esperaba y concibió un hijo llamado Clovis, Clovio ó Clodoveo que andando el tiempo fue por sus hazañas el leon de los reyes. Empieza ya en este cuento á figurar la romancesca imaginación de la edad media, y ese mismo gusto domina en la narración del casamiento de Clotilde ó Crotagilde, hija de Chilperico, y sobrina de Gundebaldo, rey de Borgoña.

Aureliano, el Galo, disfrazado de mendigo, llevando al hombro la alforja sostenida por el palo, se encarga de la misión de pedir la mano de aquella princesa, sin mas credenciales de su mensaje que una sortija de Clovigh ó Clodoveo que debía ser entregada á la futura. Llega Aureliano á las puertas de la ciudad (Ginebra) y encuentra á Clotilde juntamente con su hermana Sadehleuba, ejerciendo obras de caridad con los pasajeros porque ambas eran cristianas. Empieza Clotilde á lavar los pies de Aureliano y este se inclina y le dice al oído: «Señora, tengo que comunicarte una noticia del mayor interés, llévame á un sitio donde podamos hablar en secreto.» — «Habla cuanto antes, le contestó la princesa, y entonces el mensajero le dijo: «Clodoveo, rey de los francos me envía á tí: desea ardientemente, si la voluntad de Dios no se opone, casarse contigo, y á fin de que des crédito á mis palabras, te envía su sortija.» Clotilde la aceptó mostrando serle muy grata la noticia y dió esta contestación al mensajero: «Toma en recompensa de tu trabajo estos cien sueldos de oro, juntamente con mi anillo. Vuelve hácia tu señor y dile que si desea casarse conmigo, envíe inmediatamente embajadores á mi tío Gundebaldo.» Esta narración es á manera de una escena de la *Odisea*.

Aureliano parte: duérmese en el camino y un mendigo le roba la alforja en la que iba guardado el anillo de Clotilde. Afortunadamente el mendigo cae en poder de la justicia, sufre azotes en pena de su delito y la sortija vuelve á ser encontrada. Clodoveo despacha embajadores á Gundebaldo que no se atreve á negarles la mano de su sobrina. Los embajadores presentan segun costumbre un sueldo y un dinero, se desposan con Clotilde en nombre de Clodoveo y se la llevan en un carro; pero la princesa teme ser perseguida por Aridio, enemigo suyo, capaz de hacer cambiar de resolución á Gundebaldo; monta á caballo, y la comitiva atraviesa rápidamente colinas y valles.

Entre tanto habiendo Aridio vuelto de Marsella á Ginebra manifiesta á Gundebaldo que ha mandado degollar á su hermano Chilperico, padre de Clotilde, atar una piedra al cuello de la madre de esta, precipitándola en un pozo, y arrojar á este mismo sitio las

cabezas de los dos hermanos de Clotilde, y que por lo tanto esta no tardará en correr á vengarse auxiliada de todo el poder de los francos. Gundebaldo aterrado al oír esta narración envía gente en persecución de Clotilde; pero esta comprendiendo anticipadamente lo que iba á suceder había mandado arrasar doce leguas del país por donde iba pasando. Al verse ya en salvo la jóven desposada exclamó: «Gracias te sean dadas, Dios omnipotente, porque me has dejado ver el principio de la venganza que debo tomar en obsequio de mis parientes y hermanos (1).»

Costumbres verdaderamente bárbaras, que sin embargo no excluyen la mansedumbre de las costumbres cristianas combinadas en el pecho de aquella jóven con las pasiones de su naturaleza salvaje.

Clodoveo, antes de casarse, y teniendo solamente veinte años de edad, había atacado á la Galia. Demuéstrase por documentos históricos que su invasión fue favorecida particularmente en el Mediodía de Francia por los obispos católicos que aborrecían á los visigodos arrianos. Clodoveo batió á los romanos en Soissons y á los alemanes en Tolbiac, por lo cual se convirtió al cristianismo, recibiendo el bautismo de manos de San Remigio, el día de Navidad del año 496.

Los borgoñones y visigodos tuvieron á su vez que sufrir las victoriosas armas de Clodoveo. Los de la Armórica (Bretaña), que hacia ya mucho tiempo que se habían sustraído de la autoridad de los romanos se avinieron, por último, á sujetarse á la del hijo de Meroveo. Anastasio, emperador de Oriente, envió á Clodoveo el título y las insignias de patricio, de consul y de agosto.

A esta época poco mas ó menos se refiere la venida de Clodoveo á París: su padre Childerico había ocupado esta ciudad cuando penetró en las Galias.

Clodoveo mató ó mandó matar á todos sus parientes, reyezuelos de Colonia, de Saint-Omer, de Cambrai y de Mans.

Celebróse el primer concilio de la Iglesia Galicana en Orleans, reinando Clodoveo (año 511). En ese concilio se encuentran los principios del derecho de regalía, con arreglo al cual el fisco absorbía las rentas de los beneficios eclesiásticos mientras permaneciesen vacantes. Clodoveo, sin duda, no vió en este derecho mas que una especie de contribución que el clero le concedía sobre sus bienes. Algunas disposiciones testamentarias de este jefe de los francos, me dan motivo para creer que no hablaba latin. Basta mencionar ese derecho de regalía para echar de ver los inmensos abismos que nos separan de los tiempos pasados: no parece sino que dejando á un lado nuestra propia historia, nos ocupamos en tratar de alguna costumbre de la Persia ó la India. A ese mismo año (511) se refiere la fecha de la redacción de la ley sálica, la muerte de Santa Genoveva y la de Clodoveo. La pastora Gala y el rey franco fueron enterrados en el templo de San Pedro y San Pablo que en lo sucesivo tomó el nombre de la patrona de París: todavía duraba al principiarse la revolución la costumbre de celebrar una misa por el descanso del alma del Sicambro en el mismo templo en que había sido inhumado. La verdad religiosa tiene una vida de que la verdad política y la filosófica carecen. ¡Cuántas veces se han renovado las generaciones! ¡Cuántas veces la sociedad ha mudado de costumbres, opiniones y leyes, en el espacio de mil doscientos ochenta años! ¡Quién se habría acordado de Clodoveo al través de tantas ruinas y de tantos siglos? Solo un sacerdote sobre una tumba.

Clodoveo dejó cuatro hijos: Tierri, Clodomiro, Childeberto y Clotario, hijo de Clotilde. El reino con arreglo á la ley sálica fue repartido como un patrimonio de familia: la suerte decidió la parte que de cada uno de los hijos tocaba, sin tener en cuenta el dere-

(1) *Hist. Franc.*, epit.

cho de primogenitura; ya hemos indicado que las leyes de los bárbaros eran favorables á los hijos menores de edad. La Francia se extendía en aquella época desde el Rhin hasta los Pirineos y desde el Océano hasta los Alpes: ademas poseía el país natal de los francos, al otro lado del Rhin, hasta la Westfalia; pero esos límites cambiaban á cada momento. Habíase establecido otra demarcación geográfica mas fija, dividiéndose el reino desde el lado acá del Loire en oriental y occidental, Oster-Rike y Neoster-Rike: la Austrasia comprendía el terreno situado entre el Meuse, el Loire y el Mozelle, y se daba el nombre de Neustria al país situado entre el Meuse, el Loire y el Océano. Al otro lado del Saona y del Loire estaba la Galia conquistada por burgundos ó borgoñones y los visigodos. Los coronistas y los hagiógrafos dicen con frecuencia Francia y Galia distinguiendo la una de la otra.

Los cuatro reyes obtuvieron para heredar la corona el consentimiento de los francos, y las cuatro monarquías se confederaron bajo una misma ley política, y crearon una asamblea general en la que se resolvieran los negocios de cada país.

Los hijos de Clodoveo tuvieron que sostener guerras contra Teodorico, rey de Italia; contra Amalarico rey de los visigodos de España; contra Babrico, rey de Turingia y contra Sigismundo y Gundemaro, reyes de Borgoña, cuyo país fue en esta ocasión subyugado é incorporado á la Francia despues de haber sostenido durante ciento veinte años su nacionalidad. Clodomiro, rey de Orleans, fue muerto en la batalla de Vesperonce cerca de Viena.

Dejó este monarca tres hijos: Teodoberto, Gontario y Clodoaldo, educado por Clotilde, viuda de Clodoveo. Childeberto y Clotario á fin de apoderarse de esos niños enviaron un mensajero á Clotilde. Encargóse de semejante comisión un tal Arcadio, senador, de la ciudad de Clermont, hombre de aquellos que al verse vencidos se prestan á todas las bajezas de la esclavitud y se adhieren al crimen como el Labrador á la tierra. Presentóse, pues, este hombre á Clotilde llevando en sus manos unas tijeras y una espada desnuda, y le dijo: «O gloriosa reina; tus hijos y señores nuestros desean conocer tu intención por lo tocante á tus nietos. ¿Mandas que se les corte el cabello, ó bien que sean degollados?»

Llena de terror Clotilde al oír semejantes palabras y fijando alternativamente la vista en la espada y en las tijeras, contestó: «Si mis nietos no han de reinar, prefiero verlos muertos á verlos con el cabello cortado.» Arcadio sin pararse á oír mas explicaciones regresó de su comisión y dijo á los reyes: «Cúmplase vuestro destino: la reina mostrándose favorable se digna acceder á vuestra determinación.» Palabras ambiguas que con arreglo á las consecuencias podían tener distintas interpretaciones. Clotario agarró al mayor de los niños, lo tiró al suelo y le hundió un cuchillo en el pecho. El otro niño al oír los gritos de la víctima se arrojó á los pies de Childeberto y abrazando sus rodillas le decía deshecho en llanto: «Sálvame, amado padre; líbrame de la suerte de mi triste hermano.» No pudo Childeberto resistir á tan horrenda escena y dirigiéndose á Clotario con lágrimas en los ojos: «Dulcísimo hermano mio, le dijo, concédame tu generosidad la vida de este niño. Todo lo que me pidas te otorgaré gustoso á trueque de salvarle la vida.» Pero Clotario cuya obstinación se había aumentado con la sangre derramada le contestó: «Arroja lejos de tí á ese niño, ó prepárate á morir por él: tú has sido el instigador de este asunto, ¡y ahora quieres faltarme á la fe ofrecida!» Al oír esto Childeberto se desprendió del niño que cayó atravesado por el mismo cuchillo que su hermano. En seguida Clotario y Childeberto hicieron quitar la vida á los ayes y á los niños (uno de diez años y otro de siete) compa-

ñeros de aquellos príncipes. Clodoaldo, tercer hijo de Clodomiro se salvó por la protección que ciertos hombres poderosos le dispensaron (1), y cuando llegó á ser mayor de edad renunció al mundo, se cortó el cabello para consagrarse á Dios, é insistiendo en sus buenos propósitos, murió siendo sacerdote en 7 de setiembre de 560, despues de haber edificado un monasterio en el burgo de Noventium, que cambió de nombre para tomar el del nieto de Clodoveo. Ahora este sitio (*Saint-Cloud*) acaba de ver partir para el postrer destierro al último sucesor del primero de nuestros reyes.

En los crímenes de Clotario y Childeberto hay que distinguir lo que pertenece á la civilización y lo que es propio de la barbarie. Los asesinatos consumados por Clotario con sus propias manos son una atrocidad peculiar del hombre salvaje, y el deseo de invadir un trono y aumentar sus Estados es obra del hombre civilizado. Habiendo por último muerto todos los hermanos de Clotario, este heredó todos sus Estados: dió una batalla contra su hijo Kramn, que ya se había insurreccionado, y despues de haberlo vencido lo quemó con toda su familia en una cabaña. Clotario murió en Compiègne (562).

Volvieron á dividirse los Estados entre sus cuatro hijos, contando siempre con el asentimiento de los francos; pero no tuvieron ya las cuatro monarquías los mismos límites que tenían despues de la primera repartición.

Sigeberto se casó con Brunequilla, hija menor de Atanagildo, rey de los visigodos, que para casarse abjuró el arrianismo y se hizo católica. Chilperico I tuvo relaciones ilícitas con Fredegunda hasta que habiendo fallecido su esposa Galsvintas, hermana mayor de Brunequilla se casó con ella.

Las disputas y arrebatos de aquellas dos hermosas mujeres produjeron guerras civiles, envenenamientos y asesinatos que llenan los confusos reinados de Cariberto, Gontran, Sigeberto I, Chilperico I, Childeberto II, Clotario II, Thierry I y Teodoberto II. Por último, en 613 recayó toda la monarquía de los francos en la única persona de Clotario II.

Habíanse los lombardos establecido en Italia (263) diez y seis años despues de haberse extinguido el reinado de los ostrogodos. El patricio Longino, enviado por el emperador Justino dió principio al exarcato de Rávena. Los gobernadores de palacio hicieron sentir su autoridad cada vez mas extensa á la Australia y á la Borgoña.

Durante el año 593 bajaron de los Pirineos los pueblos llamados gascones ó vascones y habiéndose establecido en la Novempopulania, se fueron poco á poco extendiendo, despues de haber dado su nombre al país, hasta el Garona: Teodoberto II tuvo que caer armado sobre ellos y despues de haberlos derrotado les hizo reconocer por jefe á Genialis, que fue el primer duque de Gascuña.

No debe creerse ni todo el bien que acerca de Brunequilla refieren Fortunato, Gregorio de Tours y San Gregorio papa, ni todo el mal que Fredegero, Aimoin y Adon cuentan de ella sin haber sido contemporáneos suyos. Cuando mas debemos conjeturar que fue una mujer de talento que dejó monumentos históricos. Si le dieron tormento durante tres dias consecutivos, si la pasearon por un campamento cabalgando en un camello, si por último la ataron á la cola de un fogoso caballo que la despedazó en su impetuosa carrera, no debió ser para castigarla por sus adulterios, pues entonces tenia ya muy cerca de ochenta años. Si habia contribuido á la muerte de diez reyes (lo cual está ya demostrado ser una falsedad) mas justo habria sido hacerle cargos por los príncipes que habia dado

(1) *Viros fortes...*, qui postea barones appellati sunt.